

universal. Muchas alternativas el club tuviera, como ya hemos visto; muchos personajes pasaran por sus sesiones; muchas metamorfosis en su organización, y hasta en su esencia, se operaron; mas desde la hora y punto en que llega el segundo parlamento de la revolución á su palacio, no se oye más voz allí, no se sigue allí más pensamiento, no se obedece allí más voluntad que la voz, la voluntad, el pensamiento de Robespierre. Dominó el club mucho tiempo Barnave; Mirabeau, en su espacio, brilló como un cometa de resplandor deslumbrante y siniestro carácter, dejando estelas de luz y rastros de sombra por los espíritus, á quienes aparecía súbito, como un astro errante; pensó, y expuso las fórmulas de su pensamiento, el profundo Condorcet á sus asociados; lo recreó é indignó Camilo con sus hojas políticas, entre demostenianas y aristofanescas; tronó Dantón en sus oídos arengas breves, parecidas á órdenes de combate; soñaron todos los profetas, y expusieron sus programas inflamados todos los tribunos entre sus espasmos; fueron en busca de una orientación, sin saber dónde iban, los girondinos recién llegados á París, aquellos girondinos, almas hechas para orar en las agoras de Grecia, ó para discurrir en los jardines de Academo, y no para las guerras y luchas políticas; ruisenores de la floresta trocados en alciones de la tempestad; pero allí, á la postre, sólo quedó Robespierre ejerciendo con su acerada palabra fría, pero cortante como el cuchillo de la guillotina, y con su virtud estoica, pero estéril, como todas las que huelen á egoísmo, una incontrastable dictadura desde los momentos terribles en que se reunió la Cámara Legislativa, con sus diputados inexpertos, hasta el trágico momento de su muerte.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-QUINTO

Robespierre y su política

URGOT fué todo este período, con los filósofos, personificador de la evolución progresiva; Mirabeau, con los constituyentes, personificador de la revolución en sus comienzos; Barnave, con los constitucionales, personificador de las reconciliaciones entre monarquía y pueblo; Brissot, con los girondinos, personificador de una República templada que llamaremos hoy conservadora; Danton y Robespierre, con los jacobinos y con los franciscanos, personificadores de la República revolucionaria, dictatorial, guerrera, conquistadora, fuerte, sin escrúpulos, llegando, para vencer la reacción en armas y salvar la patria en peligro, hasta la dictadura del crimen. La figura de Bonaparte, verdadera sucesora de una y otra figura, se compone de ambas, toma el carácter dictatorial de Robespierre y el carácter belicoso de Danton. A estos dos caracteres, hipócrita como el uno, feroz como el otro; con toda la dosis de jesuitismo connatural á la idea jacobina, suma la crueldad del vengativo corso y una dosis alta de maquiavelismo italiano, todo envuelto en el genio más poderoso y más avasallador que han engendrado los siglos. Y como la revolución robespierrista ó dantoniana de un lado, con el imperio napoleónico de otro lado, constituyan el siglo décimonono, á cuya historia consagramos estas páginas, imposible de todo punto esta HISTORIA, sin pararse á contemplar los protagonistas principales, por no decir los generadores de

nuestra casi terminada centuria. Toda ella gravita sobre la revolución francesa y sobre la dictadura napoleónica. Así, en todas partes, durante todos los periodos, á cualquier sitio del espacio y á cualquier minuto del tiempo que volváis los ojos, encontraréis en la Europa, que vamos historiando, reformadores á lo Turgot, revolucionarios á lo Mirabeau, constitucionales á lo Barnave, demócratas á lo Vergniaud, sabios aplicando á la política el saber suyo como Condorcet, jacobinos de Robespierre, combatientes cual Danton, socialistas remedando á Babeuf, dictadores como Bonaparte, Reyes y Reinas tan ciegos como Luis XVI y María Antonieta; patricios divididos entre sus intereses y sus ideas como el francés; clases medias predominantes con sus constituciones eclécticas imitadas de Inglaterra, como las clases media en Francia; cleros divididos entre la revolución y la reacción, más inclinados á la reacción que á la revolución; pueblos, ó tan devotos de lo antiguo como la Vendée y nuestras Vascongadas, ó tan pagados de lo moderno, que reparten sus adhesiones entre los republicanos, los socialistas y los Bonapartes, por todo lo cual no hay medio de dar un paso en la historia del siglo décimo-nono sin detenerse ante sus grandes generadores, el Imperio, la Revolución, la República; y levantándose ahora, en el minuto por nosotros estudiado, la primer República francesa; y siendo en la República los dos dioses, dioses del mal, según unos; dioses del bien, según otros, pero dioses, por lo gigantesto y por lo desmesurado, ya en su persona, como Danton, ya de su influencia como Robespierre, tenemos que detenernos ante ambos revolucionarios, y que prestarles al uno y al otro tanto de atención y de interés cuanto les ha prestado nuestro siglo. Yo siempre digo que no debe considerarse á estos personajes de la revolución aislados del tiempo, que los creara, y del medio ambiente, que los circuyera, como han hecho, cada cual por su estilo, dos tan eximios profesores de Letras é Historia, como Quinet primero y después Taine. El uno les aplicó su alta moral, y el otro su alta fisiología, pues ambos brillaban por sus luces y por sus facultades como almas de primera magnitud en los espacios de su ciencia; y con su moral espiritualista, Quinet, y con su fisiología, Taine, materialista, los dos marraron en la crítica y cayeron en irremediables errores. ¡Sin singular cosa! Lo mismo Quinet que Taine conocen la Italia política del siglo décimo-sexto, aquél, y éste la Inglaterra literaria de todos los siglos, con un conocimiento superior al que tienen ambos de todos aquellos, con quienes han estado en estrecha convivencia, los revolucionarios primeros y los revolucionarios contemporáneos, hijos de los primeros. El porqué de tamaño error esplende con verdadero esplendor á la mirada crítica menos clara y sagaz. Lo mismo Taine que Quinet han estudiado, el uno los hombres, aislándolos de su medio ambiente, y el otro la época, exigiendo una perfección tan grande á la inteligencia colectiva francesa como la conseguida por él en su inteligencia individual, tan cultivada y hermosa. Quinet me parece un geólogo pidiendo al período de los monstruos nacidos entre volcanes y errantes por las selvas, el temperamento de los helenos que han levantado con



su geometría celestial y su armoniosa estética los perfectos intercolumnios del acabado Parthenon; y Taine un verdadero naturalista que se hiciese llevar á su casa el pez sacado de las aguas ó el ave prendida en los aires y los examinara, sin acordarse del elemento en que viven, del Océano donde nada el uno y de los aires donde la otra vuela, como prototipos aislados, cual ideas abstractas. Poned cuantos yerros queráis en la inteligencia, y cuantos vicios en la voluntad á Robespierre y á Danton; pero distinguid aquello nativo en ambos, el elemento de perversidad propia, por cada cual aportado á la vida con sus respectivos temperamentos, de aquello que le prestaron á uno y á otro la sociedad á que pertenecieron, el tiempo en que lucharon, las resistencias opuestas á sus ideas por los privilegios tradicionales, el desorden é indisciplina de sus correligionarios, las guerras declaradas á su patria, pues imposible desconocer cuál número de fuerzas ajenas á su voluntad los dirigieron á donde no querían ir ellos, y cuántas moles titánicas los aplastaron á la presión de su incontrastable pesadumbre. No juzguéis en sí mismos á Robespierre y á Danton; juzgadles en su tiempo. Desde luego el primero se distinguía por timidez casi femenil de carácter; por educación casi conventual de monje; por culto á la vida humana como el mostrado al irse de los tribunales de la magistratura, antes que imponer una merecida pena capital; por amor á su familia enviando la mitad del sueldo de diputado á su hermana, huérfana y soltera; por ideas conservadoras que persistieron desde los comienzos de su diputación en el ochenta y nueve, hasta el día en que á la República lo arrojaron mal de su grado la fuga de los Reyes franceses y la irrupción de los ejércitos extranjeros. Lo mismo digo de Danton. En éste hay menos virtudes que en Robespierre. No es como aquél, inmutable; no es como aquél, incorruptible. Al contrario, le han llamado el Mirabeau de las muchedumbres, y á Mirabeau se parece mucho más en lo venal que en lo elocuente. Pero no puede juzgársele como á un ogro, como á un asesino, como á un Caracalla y á un Calígula; cuando su vida, que apenas dura en sus relaciones con la Historia desde los comienzos del ochenta y nueve á la primavera del noventa y cuatro, se consumió una mitad, defendiendo la patria de los extranjeros y otra mitad defendiendo los girondinos de la guillotina.

Veamos á Robespierre. Cuando le mira uno, rígido como estatua; de pie sobre su tribuna; con los ojos apagados y el rostro pálido; profiriendo, sin unción en el dejo y sin la sensibilidad que todo lo acalora en el corazón y sin la fantasía que todo en la vida lo embellece, fórmulas, por su aridez, de matemático, y por su moralidad, de fiscal; llevando limpio y aseado un traje raído, sometiéndose así el gesto como la pronunciación á un acompasado diapason normal, aparécese á los ojos como esos jesuitas, por lo ayuno y por lo penitente, que han perdido su propia individualidad en los ejercicios espirituales ordenados por San Ignacio, y existen sólo para su Compañía y para su regla. No puede comprenderse cómo aquel soplo frío de Robespierre ha encrespado las olas eléctricas, aquel entendimiento analítico desatado los huracanes y ciclones de la Revolución universal. Sin embargo, ima-